

Mateo 7:15-29

Mateo 7:15-29 Pentecostés 2, 1999

¹⁵*Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. ¹⁶Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? ¹⁷Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. ¹⁸No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. ¹⁹Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. ²⁰Así que, por sus frutos los conoceréis.*

²¹*No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. ²²Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? ²³Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.*

²⁴*Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. ²⁵Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca. ²⁶Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; ²⁷y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina.*

²⁸*Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina; ²⁹porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.*

En las palabras inmediatamente antes de nuestro texto Jesús nos advierte, “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.” La puerta y el camino son los que conducen al cielo. Si es tan fácil tomar el camino equivocado, más nos vale prestar atención a las palabras de Jesús en este texto, que tienen el fin de evitar que tomemos el camino ancho que conduce a la destrucción. Tengan cuidado, nos dice. Cuídense, en qué fundamento edifican su fe. I. No en la doctrina engañosa de los falsos profetas; II. No en las obras espectaculares que nosotros u otros hagan; III. No en una fe imaginaria que no produzca

frutos; IV. Sino en la fe genuina en Jesús que produce fruto verdadero.

Jesús comienza advirtiéndonos contra los falsos profetas. “Guardaos de los falsos profetas.” Para Jesús, los falsos profetas son un verdadero peligro. Esta idea no es muy popular en nuestros días. Se nos dice que lo que cuenta es que uno esté sincero en lo que crea, pero que la cosa que cree no es muy importante. Hay muchos caminos, dicen, pero todos llevan al mismo fin. Así que hay que tolerar una buena diversidad de ideas religiosas; no ser tan fanáticos como insistir que se tiene la razón en los asuntos religiosos. Así que todos debemos aceptar unos a otros como hermanos, sin importar mucho lo que enseñan o creen. Eso, se nos dice, es lo que exige el amor, el más alto principio de la fe cristiana.

Pueden parecer atractivas estas palabras, pero no debemos ser engañados. Jesús nos advirtió que “vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces.” Parecen apóstoles del amor cristiano, y de un espíritu benigno y misericordioso, pero comparen sus palabras con la advertencia de Cristo en el párrafo anterior a nuestro texto, con el cual abrimos este sermón. Allí Cristo mismo dijo que hay multitud de caminos, y que todos menos uno, uno muy estrecho, llevan a un mismo fin, pero ese fin no es el cielo; no es el reino de Dios, sino es la eterna condenación del infierno. Si somos benignos y tolerantes de los falsos profetas dentro de la iglesia, estamos silenciando la palabra de la verdad que puede salvar las almas de las personas, y así estamos sentenciando a muchos de nuestra generación y de las generaciones futuras a andar en el camino ancho que lleva a la destrucción. Sí, las palabras pueden parecer atractivas a primera vista, pero el resultado final es la destrucción.

¿Cómo reconoceremos a los falsos profetas y sus engaños? Jesús nos dice: “Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis.” Pero ¿qué son los frutos por los cuales podemos conocer a los falsos profetas. No es su sinceridad, porque pueden ser sinceramente equivocados. No es la dulzura de sus lenguas, porque como Dios advirtió en los días de Jeremías: “Dice Jehová: He aquí que yo estoy contra los profetas que endulzan sus lenguas y dicen: Él ha dicho.” No puede ser si llevan una vida externamente recta o no, porque frecuentemente no es posible distinguir entre los piadosos y los impíos de base de sus obras, sino los hipócritas y falsos creyentes pueden hacer externamente todo lo que hace el

cristiano. ¿Cuáles son, luego, los frutos por los cuales los conoceremos?

Bueno, si buscas a un zapatero, ¿qué es lo que te interesa? ¿Preguntas si cocina bien, o si puede correr un maratón? ¿No preguntas más bien por la calidad de los zapatos que hace? Así es con los profetas. Si buscamos el fruto de un profeta, no preguntamos primero por su vida, por su sinceridad, por el éxito de su predicación. Se representa como uno que habla por Dios, de modo que el fruto que debemos evaluar son sus enseñanzas. ¿Están de acuerdo con lo que ha revelado Dios en su palabra, o no? Si enseña conforma a la palabra de Dios, podemos aceptarlo como un profeta verdadero. Pero si contradice algo que está en la palabra de Dios, debemos reconocer que todo lo demás que pueda mostrar, su amabilidad, su generosidad, o lo que fuera, es solamente un disfraz de piel de oveja para cubrir las fauces de un lobo destructivo. “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Is. 8:20). Cuidémonos, luego, para que sigamos solamente la palabra verdadera de Dios. Comparemos todo con la Sagrada Escritura. Solamente así escaparemos el juicio.

Pero también es necesario cuidarnos de confiar en nuestra propia religiosidad, en nuestras obras. “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.” Nos advierte contra engañarnos a nosotros mismos, a pensar que nuestro participar en rituales, o hasta hacer grandes obras en la iglesia, nos garanticen la entrada en el reino de los cielos. Ni los que han hecho los más espectaculares milagros entrarán en el cielo si tienen su fe en esas obras como si les diera algún privilegio, y no reconocen su propio pecado y necesidad de un Salvador, y ponen toda su confianza en el Señor Jesús y su muerte en la cruz para obtener el perdón de ese pecado. Escuchemos otra vez la advertencia de Jesús: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.” Ir a la iglesia todos los domingos, estudiar nuestras Biblias, orar en devociones diarias en nuestras casas, hasta participar en el ministerio de la iglesia, todas estas cosas pueden ser muy buenas, cuando son frutos de una fe genuina hechos para servir a aquel que ha hecho todo ya por nuestra salvación. Pero en el momento en que ponemos nuestra confianza en alguna de estas obras, como si nos garantizara un boleto de entrada en el cielo, estamos destronando al Señor Jesús de su oficio de Redentor y Salvador, y sustituyendo

nuestra propia contribución. El único resultado posible es oír:
Nunca os conocí, Apartaos de mí, hacedores de maldad.

Podemos mencionar aquí también que en el asunto de evaluar los profetas, no debemos ser engañados por la presencia de grandes y espectaculares obras, aunque sean grandes milagros. Los de quienes habla Jesús en nuestro texto protestan que han hecho muchos milagros en su nombre, echado fuera demonios, etc. Pero aun así, Jesús los condena y dice que nunca los conoció. No es la presencia de milagros, sino la conformidad con la palabra de Dios que identifica a los verdaderos profetas. No se engañen, entonces, con las grandes cruzadas de ministerios de sanación, cuando no predicán la verdadera palabra de Dios. También San Pablo en Tesalonicenses nos advierte de los que vienen “con gran poder y señales y prodigios mentirosos”. Sólo la palabra de Dios, no los milagros, testimonia quiénes son los verdaderos profetas del Señor.

Jesús cierra el gran sermón del monte con dos parábolas. Queremos considerar el segundo primero. Habla del hombre que oye las palabras de Jesús, pero no las hace. Dice que tal persona es como el que edifica su casa sobre la arena. Puede parecer muy bonita, y hasta sólida. Pero cuando llega la gran tormenta, y el huaico, se cae la casa con gran estrépito, porque no tiene un fundamento sólido. La advertencia es contra una fe imaginaria que no produce frutos. Santiago también tuvo que combatir a los que creaban una oposición entre la fe y las obras, diciendo que porque sólo la fe salva, pueden vivir como quieran. La clásica expresión fue: “Hermanos míos, ¿de qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿Podrá la fe salvarle? Y si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma. Pero alguno dirá: Tú tienes fe, y yo tengo obras. Muéstrame tu fe sin tus obras, y yo te mostraré mi fe por mis obras.”

Hacer la palabra de Jesús quiere decir aplicarla personalmente a nosotros mismos. Significa reconocer nuestra condición de pecadores y condenados a la muerte eterna, y nuestra imposibilidad de rescatarnos de esa situación. Significa reconocer que Jesucristo con incomprensible amor ha tomado nuestra carne y ha ido a la cruz para allí sufrir todo lo que por nuestros pecados hemos merecido. Y significa que ya no amo el pecado que causó mi condenación y así que causó la muerte de mi querido Salvador, sino que lo aborrezco, y según mi nueva naturaleza en Cristo no tengo otro deseo sino servirlo a él y hacer su buena voluntad. Así lo hicieron los grandes hombres creyentes en el pasado que fueron salvos por su fe. Abraham,

por ejemplo, no se quedó en Ur de los Caldeos diciendo, Tengo fe. Dejó atrás su ciudad nativa y en obediencia a Dios fue a una tierra desconocida. Rahab no dijo, Tengo fe, para luego entregar los espías de Israel a sus compatriotas. Expresó su fe en el Dios de Israel salvando la vida a los espías que eran representantes de su pueblo. Y así encontramos en toda la Escritura. Sólo la fe salva, pero la fe verdadera nunca está sola. Es viva y activa, y lleva mucho fruto en la forma de buenas obras de obediencia a la palabra de Cristo.

Cristo describe tal persona como uno que ha edificado su casa sobre un buen fundamento. “Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca.”

El hombre prudente es el que no se deja seducir por el testimonio de los falsos profetas, sino será uno que hace caso de la amonestación a dejar que la palabra de Dios gobierne todo aspecto de su vida, como nos recordó nuestra lectura de Deuteronomio: “Pondréis estas mis palabras en vuestro corazón y en vuestra alma, y las ataréis como señal en vuestra mano, y serán por frontales entre vuestros ojos. Y las enseñaréis a vuestros hijos, hablando de ellas cuando te sientes en tu casa, cuando andes por el camino, cuando te acuestes, y cuando te levantes, y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas.” El hombre prudente es el que no se deja engañar ni siquiera por sus propias obras de piedad y religiosidad, como si éstas fueran méritos por los cuales Dios tiene que premiarlo, sino reconoce que en él sólo hay pecado, de modo que la jactancia queda excluida, aunque tenga milagros de que jactarse; más bien concluye con San Pablo: “que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley.” Pero eso no le hará indiferente a los peligros del pecado de modo que baje la guardia contra el pecado y piense que el pecado y la impenitencia sean compatibles con la fe en Cristo. Recordará que el hombre prudente no es el que solamente oye la palabra, pero no la hace, sino el que oye y hace, cuya fe es viva y activa, no muerta e inactiva. Escribe el Pastor G. Albrecht en su Comentario sobre estos versículos: “Tal persona está preparada para las tribulaciones y peligros y las durezas de esta vida. Su casa es sólida y estable. Pronto o tarde será probada por la lluvia que se derrama sobre el techo, el viento que se arrecia contra las paredes, y las inundaciones que amenazan socavar el fundamento. Pero su casa quedará en pie. El hombre prudente sobrevivirá, porque toda su vida descansa sobre el fundamento sólido de Jesucristo y su palabra. Sabe que Dios está con él y lo ayudará en toda circunstancia difícil. Sabe que tenemos que pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios.

Sabe que pertenece a un Señor que lo ha redimido y que nada podrá separarlo del amor de Dios.” Amigos, bienaventurados somos, si esto se puede decir de nosotros. Amén.